

POLÍTICA

AMBIENTE

REINO UNIDO

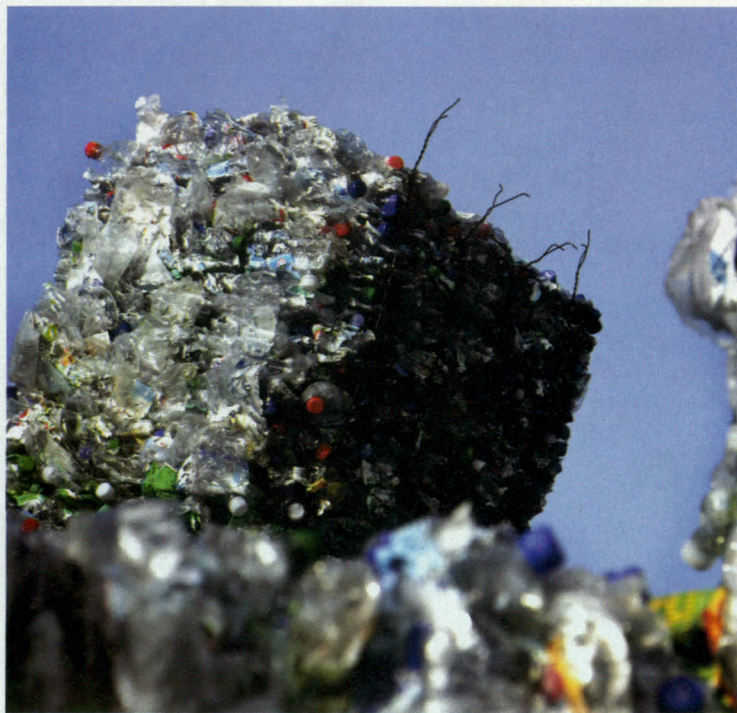
# DEBEMOS ACTUAR AHORA

POR GORDON BROWN

EN 11 SEMANAS, EL MUNDO SE REUNIRÁ EN COPENHAGUE, BAJO LOS AUSPICIOS de NU, para crear un nuevo acuerdo internacional sobre el cambio climático. Es un momento histórico: la prueba definitiva de la cooperación mundial. Sin embargo, las negociaciones ocurren tan despacio que el acuerdo está en peligro. Si perdemos la oportunidad de proteger nuestro planeta, no habrá una segunda oportunidad en el futuro; no habrá manera de volver y reparar el daño.

Así que cuando los líderes mundiales se reúnan esta semana, primero en NU en Nueva York y luego en la cumbre del G20 en Pittsburgh, es indispensable que avancemos para resolver los asuntos que aún dividen a nuestras naciones.

Mientras los científicos mencionan las crecientes pruebas del cambio climático que ocurre en estos momentos y de la amenaza que plantea para el futuro, no podemos permitir que a los negociadores se les acabe el tiempo simplemente



por falta de atención. El fracaso sería imperdonable. La amenaza no es sólo humanitaria, ecológica y económica. Hace tres años, en el informe Stern, encargado por mí, se concluía que el daño económico del calentamiento global podía ascender a entre 5 y 20 por ciento del PIB global; un costo económico mayor que las pérdidas causadas por las dos guerras mundiales y la Gran Depresión del siglo XX.

Algunas personas argumentan que, entre las exigentes condiciones económicas, nuestra resolución de enfrentar los compromisos ambientales debe atenuarse, que hay demasiados gastos. En realidad es al contrario; un acuerdo sólido en Copenhague es un elemento esencial para la recuperación económica mundial, debido a que ésta depende de la inversión que desencadenaría un acuerdo. No hay duda de que la economía del siglo XXI será baja en emisiones de carbono. Lo que ha quedado claro ahora es que la presión

hacia la descarbonización será uno de los principales impulsores del crecimiento económico y nacional durante la próxima década. Y las economías que adopten más temprano la revolución verde cosecharán las mayores recompensas económicas.

Inicialmente, el consumo más eficiente de la energía generará una mayor productividad, dado que los recursos que alguna vez se asignaron a cubrir las facturas generadas por el combustible se asignan a la inversión. Mientras tanto, la necesidad de producción de energía e infraestructura, tanto para reemplazar la infraestructura envejecida en el mundo desarrollado como para cubrir las necesidades de crecimiento en las economías emergentes, requerirá hasta US\$33 billones en inversión para 2030, de acuerdo con cálculos de la Agencia Internacional de Energía. Para 2015, el sector ambiental global podría tener un valor de US\$7 billones y mantener decenas de millones de empleos.

Quizás el elemento más importante de este futuro bajo en carbono es la ola de innovación que acompañará el impulso de descarbonización. Algunas de las tecnologías requeridas ya están bastante maduras, como la energía eólica tierra adentro y el aislamiento de las viviendas aunque incluso allí pueden hacerse importantes mejoras. Pero en muchas otras se producirán notables mejoras y avances, tanto en el rendimiento como en los costos.

Esto ya empieza a ocurrir en áreas como el diseño de baterías a gran escala, al tiempo que la industria automovilística acelera la investigación y desarrollo de autos eléctricos. Ocurre en las tecnologías de construcción sostenibles, en nuevos materiales ligeros, en la energía solar, en la captura y el almacenamiento de carbono y en diversas tecnologías nuevas de fabricación. Conforme las innovaciones en un área alimentan a otras, el potencial econó-

# THE POWER OF

PASOS PEQUEÑOS  
UNA PLANTA DE  
RECICLAJE EN  
ALEMANIA.



mico y los beneficios se extenderán a toda la economía mundial.

Así como la revolución de la información y de las tecnologías de comunicación fueron un motor muy importante del crecimiento durante los últimos 30 años, la transformación hacia las tecnologías bajas en carbono lo será en el futuro próximo. Por tanto, no es de sorprender que durante el año pasado, los gobiernos de todo el mundo hayan convertido a la inversión ecológica en una parte muy importante de sus paquetes de estímulo económico. Han reconocido la función esencial que tiene el gasto en la eficiencia y la infraestructura energética sobre la demanda y el empleo en el corto plazo, al tiempo que establecen las bases para el futuro crecimiento.

Por tanto, la transformación hacia las tecnologías bajas en carbono está ayudando a impulsar nuestra recuperación de la crisis actual al proporcionar un nuevo crecimiento, nuevos empleos,

nuevas industrias y nuevos mercados de exportación. Pero esto sólo puede mantenerse si los gobiernos la apoyan no sólo en el ámbito nacional, sino en todo el mundo.

La función del gobierno en este proceso es esencial. Todos hemos reconocido que, para estimular la demanda y reformar la regulación financiera, se requiere un papel más activo del gobierno del que ha ejercido en los años recientes. Pero como consecuencia de la crisis crediticia, los gobiernos también necesitarán asumir estrategias energéticas para garantizar las condiciones adecuadas para la inversión privada en sectores clave. Esto es especialmente cierto en el caso de la economía baja en carbono. A diferencia de otros sectores, este mercado es impulsado completamente por los esfuerzos del gobierno para reducir las emisiones de gas y mejorar la seguridad energética. Por esta razón, los gobiernos necesitarán actuar para crear incentivos económicos

y garantizar la seguridad y la confianza de los inversionistas. Deben enviar señales claras y a largo plazo acerca de la dirección de la política y de la forma de la futura demanda, y hallar métodos inteligentes y basados en el mercado para permitir que el sector privado responda en forma dinámica e innovadora. El proyecto bajo en carbono debe ser una asociación entre los sectores público y privado.

Pienso que en RU, los cuatro pilares de nuestro nuevo marco bajo en carbono consagran este enfoque estratégico.

En primer lugar, nuestra Ley del Cambio Climático hace de Gran Bretaña el primer país en convertir en ley nuestros objetivos de disminuir nuestras emisiones de gases de invernadero; en al menos 34 por ciento por debajo de los niveles de 1990 para 2020 y al menos 80 por ciento para 2050. La ley define estos objetivos en términos de "presupuestos de carbono" a cinco años el volumen total de



emisiones de gases dentro del cual debe funcionar la economía del Reino Unido. Actualmente, los principales departamentos del gobierno tienen un presupuesto de carbono y uno financiero, estableciendo la responsabilidad para manejar las emisiones de gases.

En segundo lugar, nuestro Plan de Transición Bajo en Carbono traduce estos presupuestos de carbono en una serie exhaustiva de objetivos y estrategias en cada uno de los sectores clave durante los próximos 15 años. Esto ha requerido un grado más alto de elección tecnológica que en el pasado. Las fuentes renovables —la energía eólica en tierra y en el mar, la biomasa, la marina y la solar—, se expandirán siete veces para satisfacer 15 por ciento de nuestra demanda de energía para 2020. Estamos facilitando (pero no subsidiando)

una nueva generación de plantas nucleares, y planeamos exigir que todas las nuevas plantas alimentadas con carbón usen tecnologías de captura y almacenamiento de carbono, que demostraremos en hasta cuatro plantas de vanguardia y de escala comercial. Nos hemos embarcado en un programa de aislamiento de viviendas, junto con la instalación de los “metros inteligentes” en cada una para 2020. Y nuestra estrategia de transporte bajo en carbono incluye un programa de apoyo de 400 millones de libras esterlinas para el desarrollo y fabricación de vehículos eléctricos.

En tercer lugar, estamos empleando instrumentos de mercado para implementar estas estrategias. Todos ellos se basan en el Plan de Comercio de Emisiones de Gases de la UE que, al establecer no sólo un precio actual sino también uno futuro para el

carbono, lo cual envía señales económicas a nuestro sector energético y de la industria pesada para invertir en la producción eficiente. Hemos creado nuevos impulsores para la eficiencia energética, incluyendo estándares para construcciones, vehículos y productos consumibles.

Por último, nuestra Estrategia Industrial Baja en Carbono tiene como objetivo garantizar que las empresas de Gran Bretaña puedan cosechar los beneficios del crecimiento y empleo de estas políticas generando hasta 400,000 empleos para 2015. El apoyo centrado en áreas como la investigación y desarrollo, la consolidación de la tierra y la formación en habilidades aspira a desarrollar la cadena de suministro de bienes y servicios bajos en carbono con sede en el Reino Unido. Las áreas económicas regionales bajas en car

# THE POWER

SEÑALES DE  
ADVERTENCIA  
DESTRUCCIÓN  
AMBIENTAL EN  
CHINA.



bono contribuirán a desarrollar grupos industriales en sectores clave.

No niego que el impulso del RU para descarbonizar nuestra economía implica costos. Los precios de la energía aumentarán moderadamente. Pero cuando el crecimiento vuelva, estos gastos serán asequibles conforme las medidas de eficiencia energética reduzcan la demanda y, por lo tanto, los costos de la energía. Y es un hecho que no hay ninguna alternativa. Un futuro energético alto en carbono sería más costoso. Incluso en medio de la recesión, los precios del petróleo y el gas han empezado a aumentar otra vez; su volatilidad es un freno para la inversión. La dependencia excesiva del petróleo y el gas importados —en algunos casos, de regiones del mundo políticamente inestables— nos expone a riesgos inaceptables, tanto económicos como políticos. La vía hacia la

reducción del carbono es también la ruta hacia una mayor seguridad energética.

Por ello, nuestro enfoque tiene una conclusión triple: generar simultáneamente crecimiento y empleos a largo plazo; reducir las emisiones de gases de invernadero e incrementar la seguridad energética. Y, por supuesto, el RU no está solo. La UE ha adoptado objetivos obligatorios para reducir las emisiones de gases en 20 por ciento para 2020, cifra que estamos preparados para aumentar a 30 por ciento bajo un acuerdo internacional con los 27 países de la UE que cuentan con planes para mejorar la eficiencia energética.

Las legislaturas de EEUU, Canadá y Australia avanzan para crear sistemas mercantiles de emisiones de gases, y Japón podría ser el próximo en hacerlo. China ha establecido objetivos para mejorar su eficiencia energética y el uso de fuentes

renovables, mientras que India tiene planes para invertir en energía solar. El año pasado las naciones del mundo invirtieron más en la energía renovable que en la de combustibles fósiles.

Se trata de tendencias mundiales, aunque aún son frágiles. La crisis crediticia ha debilitado la inversión en este sector mientras que en otros, la legislación del límite máximo y comercio de EEUU aún no está garantizada, y las empresas siguen estando nerviosas por los precios futuros del petróleo y el carbón. Por eso es importante el acuerdo mundial sobre un nuevo régimen de cambio climático en Copenhague el próximo diciembre. Un acuerdo sólido que establezca compromisos obligatorios para reducir las emisiones de gases dará la confianza y la seguridad necesarias para apuntalar la inversión baja en carbono. Por tanto, las conversaciones



en NU no sólo se refieren a salvaguardar el ambiente, sino también a estimular la demanda y la inversión económicas.

El gobierno del RU ha planteado nuestras propuestas para un acuerdo. Ambicioso en el sentido de que debe poner al mundo en una vía para limitar el aumento de la temperatura global promedio; eficaz al determinar los mecanismos de mercado para disminuir las emisiones, junto con un estricto régimen de observación y verificación; y justo al proporcionar ayuda para permitir que los países en vías de desarrollo enfrenten el cambio climático.

El cambio climático representa una injusticia descarnada: ha sido provocado por las emisiones de gases de los países más ricos, pero sus efectos más graves los sufren los más pobres. Por tanto, el acuerdo de Copenhague debe ayudar a los países vulnerables a adaptarse a los

cambios. Y debe entregar flujos de finanzas y tecnología a todos los países en desarrollo para apoyar vías de crecimiento bajas en carbono. Aproximadamente 90 por ciento de los aumentos en las emisiones de gases del futuro se producirán en las economías emergentes, por lo que es esencial que éstas también inviertan en la eficiencia energética, en fuentes bajas en carbono y en una silvicultura sostenible.

Esa fue la razón por la que en junio planteé una serie de propuestas de fondos públicos con la reforma y la expansión del mercado de carbono y nuevos acuerdos gubernamentales equitativos e innovadores. Sugerí una cifra activa de US\$100 mil millones al año de fuentes públicas y privadas para 2020. Me ha satisfecho la respuesta. Pero debemos avanzar ahora hacia el acuerdo.

El cambio climático representa un desafío para la especie humana. Pero hay una solución a nuestro alcance, la cual generará enormes beneficios económicos en el presente, al tiempo que protege el futuro. No sólo podemos evitar un cambio climático peligroso; también podemos reducir nuestra dependencia del petróleo y establecer bases para el crecimiento económico y la creación de empleos. Asegurar un acuerdo en Copenhague exigirá que los líderes mundiales tiendan un puente y aprovechen estas oportunidades. Pero creo que es posible lograrlo. Y si es necesario afianzar el acuerdo, iré a Copenhague para alcanzarlo y estaré instando a mis colegas a que lo hagan también.

*BROWN es Primer Ministro del Reino Unido.*